

## AGRADECIMIENTOS

Es numerosa la lista de personas que merecen ser nombradas en este apartado de agradecimientos. Merecen un reconocimiento muy especial Ramón Máiz e Igor Ahedo, quienes, además de ser los directores durante mi periplo doctoral, con su cariño y cercanía me dieron los consejos suficientes para poder llevar a buen puerto el presente libro. Sus observaciones siempre fueron agudas. El profesor Francisco Letamendia también merece tener un lugar central en esta lista. Su inmensa generosidad debe ser destacada. De igual modo, Carmelo Moreno, quien ha sido un acicate para el estímulo de la reflexión sobre muchas temáticas. También no podría no mencionar a los colegas de la Universidad del País Vasco, tanto profesores, Imanol Telleria, Iñaki Barcena, Jone Martínez-Palacios..., como jóvenes investigadores, Miriam, Uxue, Alma, Jon, Idoia... Desde aquí les expreso mi gratitud.

Por último, esta obra se acuerda de todos aquellos que, más allá de la dimensión intelectual, durante la preparación de esta obra me dieron su aliento de diferentes maneras y en distintos momentos: Erik, Lili, Eider, Raziél, Guille, Sierra, Juan, Arrate, Noemi, Claudia y, en general, a todos mis amigos.



## INTRODUCCIÓN

### El pensamiento sociopolítico ante las transformaciones contemporáneas

Las paulatinas transformaciones tecnológicas, económicas, sociales y culturales de las últimas cinco décadas han generado secuelas en aspectos importantes de nuestra realidad. Éstas son visibles en la irrupción de la globalización, la crisis de la forma Estado<sup>1</sup> y sus mutaciones<sup>2</sup>, la financiarización de la esfera económica<sup>3</sup>, los cambios en los modos de organizar la producción<sup>4</sup>, la llegada de nuevos agentes políticos con nuevas prácticas y valores, como los *nuevos movimientos sociales*<sup>5</sup>, así como en las plurales formas de vida e

---

<sup>1</sup> Véase M. Hardt y A. Negri, *Imperio*, Paidós, Barcelona, 2005. En cuanto a la crisis del Estado nación soberano, esto es, de tipo hobbesiano y westfaliano, en la actualidad, si bien es cierto que la mayoría de los estudiosos parecen desposeerle de esa centralidad que disfrutó durante la modernidad decimonónica, algunas reflexiones, quizá un tanto exageradas sobre su desvanecimiento, son refutadas o por lo menos puestas en tela de juicio, entre otros, por M. Stolleis, *La textura histórica de las formas políticas*, Marcial Pons, Madrid, 2011, p. 13, y por R. Máiz, «El Dios mortal. ¿Implica la globalización una progresiva desaparición de los Estados?», en: *Aracuaría. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, núm. 37, 2017. También ponen en duda esa crisis del Estado al resaltar su papel para la implementación del proyecto capitalista los franceses P. Dardot y Ch. Laval, *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*, Gedisa, Barcelona, 2015, p. 16.

<sup>2</sup> Véase D. Harvey, *The Condition of Postmodernity: An Inquiry into the Origins of Cultural Change*, Basil Blackwell, Oxford, 1990; B. Jessop, *El Estado. Pasado, presente, futuro*, La Catarata, Madrid, 2017; y H. Willke, *Supervision des Staates*, Suhrkamp, Frankfurt, 1997.

<sup>3</sup> Véase C. Lapavistas, *Beneficios sin producción. Cómo nos explotan las finanzas*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2016.

<sup>4</sup> Véase F. Letamendia, *Estructura política del mundo del trabajo: fordismo y posfordismo*, Tecnos, Madrid, 2009.

<sup>5</sup> J. Habermas, «New Social Movements», en: *Telos*, núm. 40, 1981, pp. 33-37, y también P. Ibarra y F. Letamendia, «Los nuevos movimientos sociales», en M. Caminal (ed.) *Manual de ciencia política* (3.ª ed.), Tecnos, Madrid, 2006.

identidad de los sujetos<sup>6</sup>, entre otras cuestiones. De igual forma, dichas transformaciones han supuesto mutaciones en aspectos más opacos, como son los planos fundamentales de la dominación social<sup>7</sup> y del nuevo tipo de subjetividad constituida por la razón neoliberal<sup>8</sup>. Todos estos aspectos lo que nos muestran no es sino el tránsito de la modernidad decimonónica a la posmodernidad, efectuándose la sustitución del proceso de modernización clásico por el de posmodernización<sup>9</sup>. O si no pretendemos ser tan rupturistas por las implicaciones que conlleva la noción de posmodernidad, como mínimo lo que encarnan todas estas transformaciones es el asentamiento de una modernidad más desarrollada; aquejada de nuevas problemáticas que implican cambios en la vida social y política de los sujetos<sup>10</sup>. En última instancia, ante lo que nos encontramos, más allá de clasificar a nuestra época de posmoderna o no, o de «modernidad líquida»<sup>11</sup>, es ante unos cambios sustanciales en el seno de la modernidad, que para algunos serán la emergencia de la posmodernidad como ruptura<sup>12</sup>, como lógica cultural del capitalismo tardío<sup>13</sup>. Para otros, la continuidad del proyecto moderno y de su *cara b*, el modernismo, aunque con sus discontinuidades y limitaciones<sup>14</sup>.

Evidentemente, los cambios suscitados por este interregno en la temporalidad histórica no han sido ignorados por los teóricos o pensadores de la política en mayúsculas. De hecho, son muchos los autores que han tratado de pensar las nuevas transformaciones sociales y sus implicaciones para lo

<sup>6</sup> Z. Bauman, *Vida líquida*, Austral, Barcelona, 2013.

<sup>7</sup> A este respecto véase, por ejemplo, M. Hardt y A. Negri, *Imperio... op. cit.*, pp. 43-46; B. Ch. Han *Psicopolítica*, Herder, Barcelona, 2016; o Tiqun, *Teoría del Bloom*, Melusina, Barcelona, 2005.

<sup>8</sup> Véase I. Ahedo e I. Telleria, «Neoliberalismo», en: J. Antón y X. Torrens (eds.), *Ideologías y movimientos políticos contemporáneos* (4.ª ed.), Tecnos, Madrid, 2020; y, sobre todo, P. Dardot y C. Laval, *La nueva razón del mundo, Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Gedisa, Barcelona, 2013.

<sup>9</sup> A. Negri y M. Hardt, *Imperio..., op. cit.*, pp. 303-304. También resulta de interés para esta noción R. Inglehart, *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, social y político en 43 sociedades*, CIS, Madrid, 2001. Y en general para la modernización y sus transformaciones: R. Inglehart y Ch. Welzel, *Modernización, cambio cultural y democracia: la secuencia del desarrollo humano*, CIS, Madrid, 2006.

<sup>10</sup> Véase A. Giddens, *Consecuencias de la modernidad* (6.ª Reimpresión), Alianza, Madrid 2015.

<sup>11</sup> Z. Bauman, *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.

<sup>12</sup> J. F. Lyotard, *La condición postmoderna* (13.ª ed.), Cátedra, Madrid, 2016.

<sup>13</sup> F. Jameson, *Teoría de la postmodernidad* (4.ª ed.), Trotta, Madrid, 2016.

<sup>14</sup> J. Habermas, «La modernidad un proyecto incompleto», en: H. Foster (ed.), *La posmodernidad* (8.ª ed.), Kairós, Barcelona, 2015.

político: desde Jürgen Habermas a Richard Rorty, pasando por Antonio Negri o Ernesto Laclau entre otros más. A pesar de sus diversas posiciones ideológicas: desde liberales a marxistas heterodoxos; pese a que unos sean más proclives a seguir una epistemología de corte moderno y otros una de naturaleza más posmoderna; o, finalmente, aunque mantengan distintas posiciones analíticas: algunos más normativas y otros más descriptivas. Y es que tanto la estructura social y económica, como el contexto cultural, influyen en la forma en que los autores piensan el espacio político, aunque lo hagan de manera distinta. Máxime, porque un tiempo de cesura histórica, de transición o crisis, como es el que podríamos estar padeciendo en las últimas décadas, suele ser el propicio para que la teoría y el pensamiento políticos innoven y sean fecundos en dar respuestas a los retos que se les plantean desde el (des)orden social y político<sup>15</sup>. La incertidumbre y la urgencia de las crisis son siempre buenas amigas para la creatividad del pensamiento político. Si en el pasado Maquiavelo fue el resultado de la revolución renacentista, o la teoría política hobbesiana fue la respuesta a la inestabilidad social resultante de las guerras de religión en Europa durante los siglos XVI y XVII, en nuestro pasado más reciente —en la horquilla ya de medio siglo—, igualmente, la efervescencia del mayo francés y sus secuelas culturales y sociales, el colapso del Bloque del Este o la última crisis financiera, como el auge de los populismos tras ésta, han ido provocando el estímulo de algunas nuevas teorizaciones en las ciencias sociales y, más concretamente, para nosotros, de nuevas reflexiones en el pensamiento político.

Antes de todo esto, en el mundo anglosajón, cuando se anunciaba el sinsentido de la teoría política clásica por la hegemonía del positivismo, de la filosofía analítica y del empirismo en las disciplinas filosófica y politológica de los años sucesivos a la Segunda Guerra Mundial<sup>16</sup>, llegando Isaiah Berlin a preguntarse por las dificultades de su supervivencia ante la obsesión científicista<sup>17</sup> y Peter Laslett a sentenciar que la filosofía política

<sup>15</sup> E. Voegelin, *La nueva ciencia política. Una introducción*, Katz, Buenos Aires, 2006, p. 14, y Sh. S. Wolin, *Política y perspectiva. Continuidad e innovación en el pensamiento político occidental*, FCE, México, 2012, pp. 29-30.

<sup>16</sup> F. Letamendia, *Ciencia política alternativa. Su aplicación al País Vasco e Irlanda del Norte*, Fundamentos, Madrid, 2002, pp. 32-34, y R. Máiz, «Teoría política normativa y ciencia política empírica», en: las *Jornadas del X Aniversario de la Revista Araucaria* celebradas en Sevilla, 2008.

<sup>17</sup> Véase I. Berlin, «¿Existe aún la teoría política?», en: *Conceptos y categorías*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1983. También Eric Voegelin en la década de los cincuenta reclamaba un retorno a los principios de nuestra disciplina, asentados en la tradición del pensamiento político, en lo que denominaba el trazado del movimiento de

había muerto<sup>18</sup>, las perspectivas para el desarrollo del pensamiento político no parecían muy halagüeñas. Si bien es cierto que existían reductos de resistencia ante esta vorágine científicista para el estudio de lo político desde el pensamiento y la teoría políticas durante los años cincuenta y sesenta, vinculados a los exiliados europeos por el nazismo: desde conservadores, como Leo Strauss o liberales a lo Hannah Arendt, hasta marxistas frankfurtianos, como Herbert Marcuse o Theodor Adorno. De todos modos, sus posiciones de fuerza eran demasiado endebles como para conseguir hacer frente a la fuerza del positivismo y de los métodos técnico-empíricos en la academia de ciencia política norteamericana, hegemónica por aquel entonces y ahora.

No será hasta la aparición de la obra de John Rawls, *A Theory of Justice*, en la década de los años setenta, cuando se suscitó de nuevo un entusiasmo por la teoría política de corte normativo. Verdad es que, en la década de los sesenta, Wolin con su famoso *Politics and Visions* había relanzado el valor de la teoría política desde una perspectiva novedosa anclada en la tradición. No obstante, será sobre todo con la obra mencionada de Rawls cuando la teoría política como disciplina recuperó su notoriedad. Su publicación llevó a fructíferos debates durante las décadas de los setenta y ochenta por las respuestas a su propuesta liberal de comunitaristas y republicanos, como Michael Sandel<sup>19</sup>, Michael Walzer<sup>20</sup> o Charles Taylor, de libertarios, como Robert Nozick<sup>21</sup>, y de conservadores del estilo de Alasdair MacIntyre<sup>22</sup>. Posteriormente, se sumarán las críticas feministas<sup>23</sup> y las que le acusarán a Rawls de sustentar la asociación política en la mera racionalidad y obviar la im-

---

«re teorización» frente a la destrucción que estaban suponiendo para nuestro pensar de la política el positivismo y el científicismo surgidos durante la segunda mitad del XIX, Voegelin, *La nueva ciencia política...*, *op. cit.*, p. 16. Realizando, además, una crítica aún mayor que el ataque a la simple empiricidad y sus métodos técnicos, pues el positivismo es señalado desde Comte a Weber, pasando por Marx, como el culpable de esta situación (*ibid.*, pp. 17-40).

<sup>18</sup> P. Laslett, «Introduction», en: Laslett (ed.), *Philosophy, Politics and Society: A Collection*, Oxford, 1956, p. 6.

<sup>19</sup> M. Sandel, *El liberalismo y los límites de la justicia*, Gedisa, Barcelona, 2010.

<sup>20</sup> M. Walzer, *Las esferas de la justicia. Una defensa del pluralismo y la igualdad* (2.ª ed.), Fondo de Cultura Económica, México, 2001.

<sup>21</sup> R. Nozick, *Anarquía, Estado y utopía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

<sup>22</sup> A. MacIntyre, *Tras la virtud*, Espasa/Austral, Barcelona, 2013.

<sup>23</sup> Entre las más destacadas, se podría señalar la crítica al contractualismo liberal de C. Pateman, *The Sexual Contract*, Stanford University Press, 1988.

portancia de las pasiones y de las formas de vida<sup>24</sup>. De igual forma, estarán los que imputarán a este *liberalismo deontológico* el ignorar la cuestión de las luchas por el reconocimiento de ciertas minorías sociales en su visión de la justicia<sup>25</sup>. Estas últimas aportaciones, a las que habría que sumar los desarrollos de las teorías posmarxistas, producidas en los años finales de los ochenta y principios de los noventa del siglo pasado, fueron producto de la influencia posestructuralista y posmodernista, que a su vez bebía del terreno cultural abonado por el «68» francés, la contracultura y las transformaciones del capitalismo tardío.

Remarquemos que todas estas más recientes teorías políticas críticas no se podrían haber suscitado sin los nutrientes que obtuvieron de la riquísima producción de la llamada «filosofía continental». Desde los últimos coletazos de la primera generación de la escuela de Frankfurt —Adorno, Horkheimer o Marcuse—, pasando por el estructuralismo francés de Althusser y su escuela —Balibar, Rancière o Badiou, que más tarde superarán la senda trazada por su maestro— o por la renovación de los estudios psicoanalíticos de Jacques Lacan, hasta el apogeo posestructuralista, de pensadores como Michel Foucault y Gilles Deleuze, y posmoderno, de Jean-Francois Lyotard y Jacques Derrida, nos encontramos ante una filosofía muy basta en temáticas. Pero articulada por la preocupación compartida de algunas cuestiones centrales para la política como son la mecánica del funcionamiento social capitalista, el sujeto, el poder o la cuestión del reconocimiento de las minorías sociales y de la diversidad cultural, desarrolladas en la translación de la modernidad a la posmodernidad.

Estas dos tradiciones en el pensar, la de la renovación de la teoría política surgida al calor de la obra rawlsiana y la de la «filosofía continental», que influenciará a la teoría política crítica, una más estrictamente política, normativa y tradicional en sus formas, y otra más amplia en temáticas y con un estilo más esteticista y radical, estuvieron dándose la espalda durante algún tiempo. Por lo menos hasta los años ochenta y noventa, cuando la deconstrucción derrideana, el posestructuralismo de Foucault, Guattari y Deleuze o el posmodernismo de Baudrillard y Lyotard saltaron el charco y entraron con fuerza en las universidades de los Estados Unidos con la denominación, un tanto «cajón de sastre», de *French Theory*<sup>26</sup>.

<sup>24</sup> Un ejemplo de estas críticas es la que efectúa Ch. Mouffe, *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Paidós, Barcelona, 1999, pp. 65-83.

<sup>25</sup> I. M. Young, *Justice and the politics of difference*, Princeton University Press, 1990.

<sup>26</sup> Véase F. Cusset, *French Theory: Foucault, Derrida, Deleuze and cia y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*, Melusina, Barcelona, 2005.

Ciertamente, no en los departamentos de políticas ni de filosofía en un principio, dominados por el positivismo y la investigación empírica o, a lo sumo, por una teoría normativa racionalista de corte liberal en su amplio espectro. Pero sí gracias a los de literatura, estética o estudios culturales, que, paulatinamente, fueron drenando este tipo de pensamiento y de teorías al conjunto de la academia y de la atmósfera intelectual norteamericanas. Con ello pudo suministrarse todo un arsenal conceptual que renovó la perspectiva con la que poder enfrentarse a los debates en teoría política, dominados hasta aquel entonces por las posturas de los comunitaristas, liberales, libertarios, conservadores o republicanos. Ejemplos de esta renovación serían las aportaciones teóricas efectuadas por pensadores posmarxistas como Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, feministas como Nancy Fraser, multiculturalistas como Will Kymlicka ..., bebedores, en mayor o menor medida, de las teorías de carácter posestructuralista y posmodernista procedentes de la denominada filosofía continental de la segunda mitad del siglo xx.

Uno de los pioneros en el mundo norteamericano en recoger estas tradiciones de la filosofía continental y debatir con ellas, aunque manteniéndose en la órbita liberal, fue Richard Rorty. En él se puede observar un tipo de pensamiento creativo que, rompiendo con la tradición de la filosofía positivista o de la teoría política más racionalista, consigue, desde el posmodernismo, penetrar en algunos de los debates fundamentales de la filosofía política. También William Connolly, Taylor o Wolin, con un estilo diferente al de Rorty, introdujeron a la filosofía crítica continental, sobre todo a Foucault, en los debates de teoría política al discutir sobre ella. Esta estela tendrá otros exponentes teóricos en la órbita anglosajona, como los mencionados Laclau y Mouffe, o Nancy Fraser y Simon Critchley, a partir de mediados de los años ochenta y principios de los noventa. De esta manera, la teoría política, como hemos señalado, se fue enriqueciendo por la extensión de las fuentes de las que bebía y por el aumento de las temáticas que abordaba. Es más, la penetración de estas filosofías posmodernas y posestructuralistas en la reflexión política, además de mostrarnos la pluralidad de estilos con los que el estudio de lo político se expresa, algunos más sistemáticos y racionalistas, otros más «ateóricos» y esteticistas, lleva a que el objeto del pensar sobre lo político no sea una cuestión exclusiva de la teoría política normativa decimonónica, sino abierta a la reflexión de analíticas más descriptivas y heterodoxas, asociadas al pensamiento político y social en sus variadas expresiones. Pensemos, por ejemplo, en la influencia de la deconstrucción derrideana



en los estudios poscoloniales de Spivak<sup>27</sup>; para cierto feminismo, como el de Braidotti<sup>28</sup>, la teoría deleuziana del «devenir»; en el multiculturalismo, la interpretación del consenso como violencia homogeneizadora para las diferencias culturales proveniente de Lyotard<sup>29</sup>; por no hablar del giro fundamental que supusieron las teorías de Foucault para los estudios sobre el poder: desde Steven Lukes a Antonio Negri. Ejemplos todos ellos, entre otros muchos que sería agotador mencionar por su infinita cantidad, que no nos muestran sino esa ampliación temática y metodológica en el ámbito del estudio de lo político.

Por otra parte, esta riqueza con la que se expresa el pensamiento sociopolítico de las últimas décadas, en el que se inserta la teoría política, lleva a que éste asuma la realidad política desde distintas perspectivas, tanto ideológicas como epistemológicas. Ideológicas, porque los debates teórico-normativos de matriz liberal, buscando en algunos casos una supuesta neutralidad moral y política, encarnan en el fondo una visión política burguesa mistificadora. De igual modo, porque las propuestas de las teorías críticas y posestructuralistas, al deconstruir muchas de las categorías de la modernidad y su sujeto decimonónico, implican también un posicionamiento político concreto.

Sobre la cuestión epistemológica de las diversas teorías, todas se verán afectadas por la querrela modernidad/posmodernidad. Los seguidores de una episteme moderna apostarán por la búsqueda de la universalidad y la razón como fundamentos que sostengan sus teorizaciones de la realidad política —piénsese, por ejemplo, en Rawls y Habermas. En cambio, los autores que pretendan romper con la modernidad teórica sostendrán un pensamiento —«débil» diríamos con Vattimo, aunque no siempre— que, rechazando todo tipo de naturalismo o esencia primera, les puede situar en un nihilismo cínico que abogue por rechazar cualquier fundamento que revele una verdad última en lo social. Lo que, en el caso límite, conduce a asentar la realidad social en el mismo vacío como pretendió Baudrillard<sup>30</sup>. Si no, se trazará la construcción teórica de unos fundamentos contingentes y parciales, resultado del continuo juego de sustituciones y ocupaciones de

<sup>27</sup> Véase G. Ch. Spivak, *A Critique of Postcolonial Reason: Toward a History of the Vanishing Present*, Harvard University Press, 1999.

<sup>28</sup> R. Braidotti, *Metamorfosis. Hacia una teoría materialista del devenir*, Akal, Madrid 2005.

<sup>29</sup> J. F. Lyotard, *The Differend: Phrases in Dispute*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1988.

<sup>30</sup> J. Baudrillard, *Cultura y simulacro* (10.<sup>a</sup> ed.), Kairós, Barcelona, 2012.

un centro estructural vacío/ausente por los mismos elementos que componen el campo sociopolítico entendido discursivamente<sup>31</sup>. Con esta mirada posmoderna se pretende no sólo mostrar el carácter discursivo, contingente y constructivo de lo social, sino el carácter particularista de todo universal que pretenda fagocitar el mundo sociopolítico.

Asimismo, la cuestión se complejiza aún más, ya que posicionamiento político y apuesta epistemológica no son unidireccionales ni correlativos. Si bien es cierto que la mayoría de los liberales, tal fue el caso de Rawls, pero también de Habermas, sustentan sus teorías desde bases gnoseológicas modernas, del mismo modo existen otros liberales que anclan sus razonamientos en un estilo posmoderno. De ello darían fe los casos de Rorty, Derrida y algunos de sus seguidores deconstruccionistas norteamericanos. De igual forma, dentro de los pensadores con posturas políticas muy críticas con el *statu quo* del capitalismo liberal, nos encontraremos a los que para sus teorizaciones políticas se servirán de una epistemología más o menos posmoderna o posfundacionalista<sup>32</sup>. Pero también a quienes, por el contrario, seguirán el camino asentado en las reivindicaciones de la modernidad al estilo del trotskista Alex Callinicos o de Terry Eagleton, con su crítica de toda forma cultural y social posmoderna. Asimismo, aunque sin alejarse de algunos autores posestructuralistas, nos encontramos con algunas de las provocativas visiones de Slavoj Žižek. Concretamente, las críticas del esloveno al posestructuralismo y a la órbita posmoderna se focalizan sobre algunas de sus nociones más esenciales, como la cuestión del sujeto deleuziano o similares visiones del sujeto descentrado, o en la problemática de la fragmentación de las luchas políticas en nuestra contemporaneidad<sup>33</sup>.

Incluso no faltarán los teóricos que, bebiendo del posestructuralismo y operando desde una órbita cercana a lo posmoderno, continúen buscando un fundamento para lo social. Pero también rompiendo con uno de los dogmas centrales de la aprehensión política posmoderna al intentar localizar un gesto de resistencia en la materialidad social que abandone el cinismo

---

<sup>31</sup> Tal sería la perspectiva de J. Derrida, «La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas», en: *La escritura y la diferencia*, Anthropos, Barcelona, 1989, e influenciados por este pensador E. Laclau y Ch. Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista* (2.ª ed.), Siglo XXI, Buenos Aires, 2004.

<sup>32</sup> Sobre el posfundacionalismo véase O. Marchart, *El pensamiento político posfundacional: la diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*, FCE, Buenos Aires, 2009.

<sup>33</sup> Sobre el sujeto posmoderno en el pensador esloveno véase Žižek, *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, Paidós, Buenos Aires 2001, y del mismo autor, *Órganos sin cuerpos. Sobre Deleuze y consecuencias*, Pre-Textos, Valencia, 2006.

posmodernista que piensa los fenómenos sociales subversivos marcados por la «inautenticidad», o que se despreocupa del dominio en lo social<sup>34</sup>. Estas posturas de resistencia ante el poder y de búsqueda de un fundamento para la aprehensión de la realidad social supondrían, en última instancia, situarse entre lo posmoderno y lo moderno: ser posmoderno pero sin deshacerse de algunos rasgos característicos de la modernidad, lo que permite abanderar el antagonismo a través de una gran narrativa emancipadora, lógicamente en condiciones posmodernas; o buscar una verdad social en la posmodernidad, incorporando, eso sí, todo el arsenal conceptual y teórico que brinda el posestructuralismo. Tal podría ser el caso de la obra de Antonio Negri y Michael Hardt, que, inspirada por Deleuze o Foucault, intenta asentar un fundamento inmanente en lo social con una noción de trabajo marxiano heterodoxa, relacionada con la biopolítica, y trata de pensar en un sujeto colectivo de naturaleza antagonista en el seno del capitalismo posmoderno<sup>35</sup>. De hecho, la obra de Negri, además de intentar establecer un prisma de aprehensión rector sobre una realidad social inconmensurable según los criterios de los posmodernos, puede decirse que asienta un relato posmoderno combatiente contra el orden imperante del capitalismo global a través del discurso de la *multitud*, que trataría de llenar el vacío dejado por los grandes metarrelatos modernos y colmar así la necesidad de una narrativa emancipa-

---

<sup>34</sup> Por posiciones cínicas y nihilistas de muchos posmodernos, nos referimos a las posturas, por ejemplo, de Baudrillard o Lyotard. Para el caso del primero, esta actitud se observa en declaraciones como las de que la primera Guerra del Golfo no habría tenido lugar, ciertamente malinterpretadas por el público en general. Pero sobre todo por lo que se refiere a uno de los nexos fundamentales de toda su obra, que nos advierte de la inautenticidad de toda manifestación política de oposición al orden imperante al quedar inserta en el seno de éste. Y es que para el sociólogo, el poder se sostiene mediante dualidades de sentido—izquierda/derecha— que, como simulacros, intentan mantener la desaparición de la realidad. También, el mismo Baudrillard señala el fracaso de las empresas teóricas que observan en el poder —Foucault—, el deseo —Deleuze— o lo libidinal —Lyotard— un efecto emancipador o superador del sistema. Al respecto véase J. Baudrillard, *El intercambio simbólico y la muerte*, Monte Ávila Editores, Barcelona, 1980, y también del mismo autor, *Olvidar a Foucault*, Pre-Textos, Valencia, 2001. En el caso de Lyotard, esta actitud cínica se observa en sus primeras obras, aquellas en la que rechaza la misma posibilidad de hacer una crítica al sistema (véase, Lyotard, *A partir de Marx y Freud*, Fundamentos, Madrid, 1975); o como cuando en su famosa *Economía libidinal* afirmó que los proletarios ingleses gozaron con su misma explotación, Lyotard, *Economie libidinale*, Lés Editions de Minuit, París, 1974, p. 136.

<sup>35</sup> M. Hardt y A. Negri, *Multitud*, Debate, Barcelona, 2004.

dora por la que tanto clamaba Jameson. Si bien no estrictamente marxista, como el filósofo hegeliano ha reivindicado<sup>36</sup>, sí deudora de esta corriente.

La verdad es que la riqueza de múltiples teorías y filosofías políticas y sociales, cada una expresión de distintas tradiciones intelectuales y posicionamientos políticos, no es sino el resultado de intentar aprehender de una realidad social cambiante y, de esta manera, poder establecer criterios normativos o analíticas sociales y políticas descriptivas de fuerte abstracción. Si bien los distintos enfoques teóricos plantean la legitimación de distintas posturas políticas como se ha señalado, además van a necesitar de un tipo de sujeto ideal, en ocasiones no arraigado a la realidad material, en otras sí, sin el cual estas teorizaciones y sus argumentaciones serían imposibles. Sujeto que para nada será neutral. Cuestión que, como observamos en la historia del pensamiento político, no es baladí. Pero tampoco novedosa: Hobbes o Rousseau, como bien sabemos, no hubieran podido fundar sus teorías políticas sin unas concepciones muy concretas sobre el sujeto. Sus famosas sentencias respectivas, «el hombre es un lobo para el hombre» o el «buen salvaje», no son simples caricaturas, sino descripciones antropológicas muy concretas sobre la perspectiva desde la que se observa al individuo, que, como no podría ser de otro modo, tienen secuelas ideológicas que provocan diferentes posicionamientos políticos. Algo similar ocurre hoy en día, ya que la descripción sobre la naturaleza de lo político diferirá si se la piensa desde sujetos utilitaristas o individuos razonables de derivación kantiana, que si se la teoriza en base a unos sujetos constituidos por una falta originaria al estilo de los seguidores de Lacan o derivados de las estructuras sociales. Las primeras perspectivas sobre el sujeto suelen llevar normalmente al liberalismo político; las segundas pueden asociarse mayoritariamente a teorías más críticas y, por lo tanto, diferentes con respecto a las anteriores en las formas de pensar el mundo sociopolítico.

Son gran cantidad los estudios que se han centrado en la cuestión del sujeto como individualidad —pero de igual manera sobre el sujeto colectivo: debates sobre el pueblo, la comunidad o el *demos* como sujeto de decisión—, desde los años sesenta y setenta del siglo pasado desde diferentes perspectivas. Pensemos en el *Homo aequalis* de Louis Dumont, el cual explora la antropología individualista surgida al calor del liberalismo<sup>37</sup>, o en *La teoría*

---

<sup>36</sup> F. Jameson, *Documentos de cultura, documentos de barbarie*, Visor, Madrid, 1989, pp. 16-17.

<sup>37</sup> L. Dumont, *Homo aequalis: genèse et épanouissement de l'idéologie économique*, Gallimard, París, 1977.

*política del individualismo posesivo* de Macpherson, donde se rastrea la constitución del sujeto de la tradición del liberalismo anglosajón desde Hobbes a Locke<sup>38</sup>. De igual modo, acordémonos del más cercano y extraordinario estudio de Taylor sobre la constitución del yo y la identidad modernas; o de su colega Sandel cuando efectúa la crítica al yo desvinculado del liberalismo deontológico en respuesta a Rawls<sup>39</sup>. Desde otras perspectivas, se podría señalar al no muy mencionado *El individualismo propietario* del jurista Pietro Barcellona, donde se describe la constitución de una antropología individualista en el tránsito del derecho kelseniano a una teoría de sistemas plenamente posmoderna<sup>40</sup>. También el recorrido que hacen Christa Bürger y Peter Bürger en sus estudios sobre los modos de subjetividad moderna y su disolución en la posmodernidad mediante diferentes filósofos y literatos<sup>41</sup>. En definitiva, publicaciones muy diversas entre sí. Pero todas ellas caracterizadas por apelar a la mentalidad, sensibilidad o identidad del individuo moderno desde sus diversas temáticas.

Sin embargo, la analítica del sujeto no debería encontrarse sólo aquí, sino buscarse sobre todo en otros estudios más certeros para este fin. Así, se hace imperativo mencionar de nuevo a toda la tradición de la filosofía continental contemporánea, en donde, amén de la centralidad que, como no podría ser de otra forma, ocupa Foucault sobre la cuestión del sujeto, nos encontramos con una larga lista de escritos en torno al individuo bajo una perspectiva crítica. Desde la crítica que efectúan Adorno y Horkheimer al sujeto de la racionalidad moderna<sup>42</sup>, pasando por Althusser y su sujeto interpelado por el poder a través de la ideología<sup>43</sup>, o Lacan y su sujeto como falta, hasta llegar al posestructuralismo de Deleuze con sus sujetos «nómadas» y «esquizoides». Sin olvidar el descentramiento que practica Derrida con su ataque al «falocentrismo», o esa destrucción del yo que traza Maurice Blanchot, ejemplo del caso límite en la voladura del sujeto moderno mediante la literatura. Todos impregnarán a sus contemporáneos o a los que vendrán poco después, y que han pensado el sujeto a través de la deuda con esta tradición filosófica. Entre otros, por dar sólo algunos

<sup>38</sup> C. B. Macpherson, *La teoría del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke*, Trotta, Madrid, 2005.

<sup>39</sup> M. Sandel, *El liberalismo y los límites de la justicia...*, *op. cit.*

<sup>40</sup> P. Barcellona, *El individualismo propietario*, Trotta, Madrid, 1996.

<sup>41</sup> Véase C. Bürger y P. Bürger, *La desaparición del sujeto. Una historia de la subjetividad de Montaigne a Blanchot*, Akal, Madrid, 2001.

<sup>42</sup> T. W. Adorno y M. Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración*, Akal, Madrid, 2007.

<sup>43</sup> L. Althusser, *Sobre la reproducción*, Akal, Madrid, 2005.

nombres: Butler<sup>44</sup>, Braidotti, Laclau, los discípulos althusserianos de carácter spinozista como Balibar<sup>45</sup>, la perspectiva materialista de Negri sobre las singularidades productivas y los cuerpos biopolíticos, ciertos aspectos en la obra de Agamben<sup>46</sup>, la analítica del sujeto mediante la figura del *Bloom* en Tiquun o los más recientes estudios sobre el sujeto del neoliberalismo de Dardot y Laval y de Byung Chul-Han<sup>47</sup>. En su mayoría, análisis más asociados al pensamiento filosófico crítico que a la teoría política normativa liberal o comunitarista.

En última instancia, el sujeto, sea en los análisis teórico político-morales, donde se intenta explorar la conformación de un individuo concreto para la sustentación de una doctrina política o perspectiva moral, sea en los filosóficos basados en una fría analítica del poder, que tratan de ver las huellas de su constitución, trazando su genealogía, ha despertado un gran interés de estudio en el pensamiento contemporáneo. Sobre todo, tras el desencantamiento del proyecto moderno e ilustrado, que iba inexorablemente unido a una visión soberana del sujeto asociada a la noción de individuo-ciudadano, después de la Segunda Guerra Mundial y, todavía más, tras la cesura posmoderna. Esta atención y reflexión en torno al sujeto ha supuesto, entre otros aspectos, el proceso paulatino de deconstrucción del individuo racional, autofundado, reconciliado consigo mismo y, supuestamente, libre, perteneciente a la modernidad triunfal, pese a los intentos de muchos liberales por reformularlo. Pensemos con respecto a esto último, no ya en Rawls, sino en la ruptura de Habermas con la *filosofía de la conciencia* en su adscripción a la noción de un individuo racional, pero constituido en la comunicación. Esto es, fundado en la mediación con otros sujetos y no autofundado.

En definitiva, durante los últimos cincuenta años han surgido grandes desarrollos para pensar el mundo de lo político y del sujeto desde diferentes áreas del pensamiento. Lo que muestra la vitalidad de la teoría y el pensamiento políticos como reflexión. Tanto el camino que inauguró

---

<sup>44</sup> J. Butler, *Mecanismos psíquicos del poder: teorías sobre la sujeción*, Cátedra, Madrid, 2001.

<sup>45</sup> E. Balibar, «Subjection and Subjectivation», en: J. Copjec (ed.), *Supposing the Subject*, Verso, London, 1994.

<sup>46</sup> Véase G. Agamben, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida* (4.ª reimpr.), Pre-Textos, Valencia, 2013.

<sup>47</sup> Entre otras obras, véanse B. Ch. Han, *La sociedad de la transparencia*, Herder, Barcelona, 2013; *Psicopolítica...*, *op. cit.*, del mismo autor; y P. Dardot y C. Laval, *La nueva razón del mundo...*, *op. cit.*

Rawls para la teoría liberal normativa, volviendo a recuperar el artificio contractualista como recurso teórico y al sujeto kantiano, como el de la filosofía posmoderna y posestructuralista, que ha sido la que ha influenciado en algunos de los últimos desarrollos de la teoría política con vocación crítica, ejemplifican este renacer e importancia del pensamiento sociopolítico. Todo ello, como no podría ser de otra forma, impulsado por las fuertes transformaciones de la realidad cultural, económica y social que ha supuesto la llegada de la posmodernidad. Incluso las analíticas teóricas más formalistas se ven impregnadas por la materialidad social y el *geist* de una época concreta, ya que toda obra se encuentra inmersa quiera o no su autor en las determinaciones que impone un contexto socio-temporal particular. Más si cabe hoy en día, donde la cesura posmoderna, con sus novísimas manifestaciones fenomenológicas, azota el pensamiento, produciendo múltiples formas de aprehensión de lo político: ya sea como un campo conflictivo en Žižek, Butler, Mouffe, Negri o Laclau; ya sea azotado por la dominación que produce la estructura de poder del capitalismo tardío en Baudrillard, Agamben o Han; o ya sea, en última instancia, interpretado mediante la forma de un campo pluralista que, bajo ciertas condiciones institucionales y culturales concretas, tiende a la posibilidad de establecer un consenso democrático, como pretendería el pensar contemporáneo liberal, republicano o comunitarista en sus diferentes formas. El amplio abanico de concepciones sobre cómo interpretar lo político en nuestro presente se articula con los distintos enfoques del sujeto, atravesadas ambas cuestiones por modos de pensar más modernos o menos modernos; más posmodernos o menos posmodernos.

### Itinerario, claves y objetivos de la obra

Como se ha comentado, vivimos en un tiempo de cesura, expresión del posible tránsito de la modernidad a la posmodernidad, que ha impregnado muchos de los análisis políticos de nuestra época. En este sentido, los enfoques del pensamiento político ante esta realidad social y política han sido diversos. Por ello, uno de los objetivos de la presente obra será la exposición de algunas de las distintas posiciones del pensamiento político contemporáneo ante la realidad sociopolítica vigente.

Para tal objeto, en primer lugar, se hará una exposición sucinta de dicha realidad sociopolítica, la cual nos permitirá enmarcar dichas posiciones del pensar político en nuestro contexto posmoderno. De esta manera,

se observará cómo se puede trazar una división de tres grupos de autores en el pensamiento político contemporáneo en base a sus actitudes ante el presente político y social, implicando cada una de ellas una visión singular sobre lo político. Estas posiciones políticas, expresadas en sus teorías, exigen necesariamente cada una de ellas una noción de sujeto muy concreta para los diversos pensadores, puesto que sin ella los posicionamientos regulativos y descriptivos sobre la realidad sociopolítica resultarían menos convincentes o incompletos. Es más, podría asegurarse que, probablemente, sea el análisis del sujeto la pista principal para poder percatarnos de las coordenadas en las que se mueve un pensador a la hora de elaborar sus construcciones teóricas. Construcciones que, pese al intento de imparcialidad por parte de muchos de ellos, no pueden escapar del subjetivismo ni de la preferencia por una ideología política o adscripción hacia una cosmovisión del mundo concreta.

De este modo ya hemos anunciado de manera un tanto abstracta nuestro objeto de estudio. Se podría señalar que este libro persigue intentar responder a cuestiones tales como: *¿cuáles son las posiciones sobre lo político de algunos de los pensadores políticos contemporáneos más relevantes e influyentes de nuestro presente bajo el influjo de la cesura o desplazamiento posmoderno?*, y, con ello, entrelazándose como derivada de esta pregunta, *¿de qué tipo de sujeto, ya sea ideal o sociológico, se sirven para poder construir sus teorías?*

De estos interrogantes emanan una serie de objetivos que, además de servirnos en su profundización de respuesta a las preguntas formuladas anteriormente, nos van a ser útiles ahora para señalar la temática de la presente obra y su estructuración, así como para exponer algunas claves sustanciales que necesitan ser aclaradas al lector para una mejor comprensión del ámbito conceptual desde el que partimos. Dichos objetivos serían los siguientes:

**1.º objetivo:** Exponer brevemente las manifestaciones de la realidad que definen el tránsito de la modernidad a la posmodernidad, viendo algunas de las diversas visiones sobre las que el pensamiento contemporáneo se acerca a la realidad sociopolítica, como posmodernistas, posestructuralistas, racionalistas seguidores del proyecto moderno en la posmodernidad, etc. Por ello mismo, se intentará averiguar cuáles son los puntos de disrupción entre lo que podemos denominar por ahora, simplificando bastante, un *pensar moderno* en la posmodernidad y un *pensar posmoderno* del que ha derivado una ideología reduccionista sobre sus postulados a la que se suele denominar *posmodernismo*. Así como también, desde una perspectiva histórica, exponer algunos de los cambios económicos, sociales, políticos y culturales que anun-



cien el desplazamiento posmoderno como nueva temporalidad histórica con aspectos diferenciados de la modernidad.

Lógicamente no podremos profundizar en la mayoría de las esferas de la realidad señaladas ni agotarlas. Simplemente, se describirán de manera sucinta. Aun así, todas estas cuestiones serán interesantes al permitirnos advertir cómo los pensadores que serán leídos posteriormente pueden entrar dentro de lo que podemos denominar una *episteme moderna* —Rawls y Habermas— o *posmoderna* —Rorty o Laclau—, aspirar a un proyecto político moderno en la posmodernidad fundado en los ideales ilustrados —Habermas— o caracterizarse por hacer una descripción social posmoderna del mundo, como es el caso de Han o de algunos pasajes de la teoría social de Negri. Y una cuestión importante, este objetivo nos permitirá sentar las bases descriptivas de nuestro mundo, a través de las cuales después serán leídas las distintas concepciones de lo político que tienen nuestros autores ante la nueva realidad social. Ningún autor puede desapegarse de la realidad material en la que se inscribe como ya hemos dicho anteriormente, ya que ésta es la que, quiera o no, le condiciona en su modo de pensar. Independientemente de que algunos autores se posicionen en contra de lo que se asocia a lo posmoderno y no admitan la cesura de época y, sin embargo, otros sí, o de que haya algunos que ignoren en sus textos el debate sobre la posmodernidad, lo fundamental es que nuestra lectura sobre ellos será resultado de esta realidad social contemporánea —posmodernidad para nosotros— y de las problemáticas para el mundo político que plantea.

El marco categorial desde el que partimos, y que será justificado en este objetivo, es el de que, bajo nuestra perspectiva, comprendemos la *posmodernidad* como un tiempo novedoso, de importantes mutaciones en algunos aspectos con respecto a la modernidad, a pesar de las continuidades que pueda representar lógicamente. De ahí que entendamos la *posmodernidad* como un periodo histórico con toda su legitimidad descriptivo-material y normativa, producto de los procesos de *posmodernización* que, anunciando nuevas realidades y manifestaciones socioculturales, llevan a variadas formas de reflexionarla y generan diversos modos de pensamiento. En este sentido, de modo aclaratorio, podríamos señalar que la *posmodernidad* es el periodo histórico que expresa una *cesura*, o si no se prefiere ser tan radicales en la formulación, un *desplazamiento* en algunos aspectos con respecto a la modernidad. Por *posmodernización* y sus procesos deberíamos entender la base estructural sobre la que se sostiene la *posmodernidad*. Ésta nos muestra las transformaciones en varias esferas, social, política, económica o cultural, las cuales son expresión de este desplazamiento de época.

<b>POSMODERNIDAD:</b>			
Periodo histórico vigente, que a su vez engloba conceptualmente la <i>posmodernización</i> (de la que es resultado) y las variadas formas de pensar existentes en su seno. Supone una cesura o desplazamiento ( <i>cesura posmoderna</i> ) con respecto a la modernidad			
<b>Posmodernización:</b> (Desplazamiento) Plano estructural sobre el que se asienta la posmodernidad. Manifestaciones sociales, económicas, culturales y políticas que anuncian la transición de la modernidad a la posmodernidad	<b>Pensamiento en la posmodernidad:</b> Formas diversas en el pensar de acercarse a la realidad posmoderna. <i>Tensiones</i> entre el pensar posmoderno y posmoderno		
	<b>Pensar moderno</b> Epistemología y proyecto político de herencia moderna para el presente	<b>Pensar posmoderno</b> Deconstructivistas, posestructuralistas, posmarxistas, posmodernistas... (visión política posmoderna, epistemología posmoderna)	<b>Posmodernismo como ideología</b> Derivada del pensar posmoderno, captura el espíritu del pensar de los posmodernos reduciéndolo a tópicos ideológicos.  Sentir social de nuestro tiempo

Por último, el pensamiento en este periodo posmoderno escenifica una *tensión* entre *el pensar de los modernos* en la posmodernidad y *el pensar de los posmodernos*. *Tensión* que, como ya hemos dicho, se encarna en los distintos enfoques epistemológicos, pero también en la forma de articular el proyecto político.

En definitiva, este primer objetivo se hace clave por dos motivos. Por una parte, para describir de una manera sucinta nuestro mundo social y político, que aparentemente sería resultado de este desplazamiento posmoderno sobre la modernidad. Por la otra, porque la posterior clasificación sobre las variadas nociones de lo político y el tipo de sujeto en las que se basan será sustentada desde una realidad social comprendida como tránsito hacia la posmodernidad y bajo la adscripción consciente o inconsciente de los diferentes pensadores escogidos a un prisma posmoderno o moderno para definir dicha realidad sociopolítica. La lectura posterior de los pensadores en nuestro segundo objetivo será más eficaz una vez expuesto el desplazamiento o la cesura como posmodernización, ya que habrá algunos autores que sustentarán su concepción de lo político desde planos más normativos, mientras que otros lo harán mediante fuertes abstracciones descriptivas, asentadas en las transformaciones sociales y productivas. Ello hará que, con los autores escogidos para abordar la naturaleza de lo político en el siguiente objetivo, podamos a su vez profundizar en este cuadro-base sobre la posmodernidad en los aspectos descriptivos y sociológicos. Así, por ejemplo, mientras que autores como Rorty o Rawls no nos van a ser muy útiles para expresar la

cesura posmoderna en términos descriptivos, debido a que se ceñirán a los principios filosóficos sobre los que se debería guiar una sociedad política, de manera distinta, Negri, Han o el colectivo Tiqqun nos brindarán sugestivos análisis sobre la constitución material de la posmodernidad y sus implicaciones novedosas frente a la modernidad.

**2.º objetivo:** Expuesto el desplazamiento de la modernidad a la posmodernidad, se establecerán distintas miradas de observar lo político. Decimos más bien lo político y no la política porque no será la lectura empírica y técnica del campo político a través de sus instituciones y actores, ni el debate sobre la forma ideal de regularlo, lo fundamental del objeto del análisis, sino que a través de ello buscar su esencia: su naturaleza última a la hora de definirse, aunque para ello nos sirvamos de la analítica descriptiva sobre la materialidad sociopolítica que tracen los autores o de la fundamentación normativa que propongan. Esta búsqueda clasificatoria de lo político no quiere decir que pensemos en una autonomía de lo político a la manera de Schmitt<sup>48</sup> o de Mouffe<sup>49</sup>, ni que lo pensemos como una esencia con unos preceptos definitivos al estilo de Julien Freund<sup>50</sup>, pues muchos autores que expondremos no le otorgarán esa autonomía a lo político. Nosotros tampoco. De hecho, por eso expondremos en el primer objetivo, entre otras cuestiones, las bases descriptivas de nuestro mundo social posmoderno, las cuales serán profundizadas en la analítica que trazaremos en algunos pensadores para extraer su concepción de lo político. También es el caso de Negri, quien observa en lo político una ligazón inseparable con lo social. Lo mismo podríamos decir del colectivo Tiqqun.

Con *lo político*, con su *condición o naturaleza*, intentamos señalar el modo en que se comprende el campo político, cómo se le define, ya sea para unos idealmente, desde el plano del *deber ser*, como descriptivamente para otros, dependerá de si estamos ante una analítica más normativa o descriptiva. Nos referimos al cómo se entiende la política en sí misma, bajo qué perspectiva se la reflexiona, aunque para ello tengamos que bucear en la constitución material de lo social, pues para nosotros la política es un

<sup>48</sup> C. Schmitt, *El concepto de lo político*, Alianza, Madrid, 1991.

<sup>49</sup> Ch. Mouffe, *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Paidós, Barcelona 1999, y de esta misma autora, *El desafío de Carl Schmitt*, Prometeo, Buenos Aires, 2011.

<sup>50</sup> J. Freund, *La esencia de lo político*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2018. El teórico francés añade a la *dialéctica amigo/enemigo* de Schmitt dos proposiciones más para definir lo político, a saber: el presupuesto del *mando/obediencia* y el de lo *privado/público*.

ámbito contaminado por otras esferas de la realidad. El que unos planteamientos estén más centrados en la política realmente existente, bajo una mirada descriptiva, y otros sean de carácter más normativo, no implica que unos alberguen una visión óptica de lo político y otros una ontológica; que unos supuestamente desentrañen el significado más profundo de lo político y otros se queden en su dimensión más superficial. Pues todas ellas, más allá de sus diversas formas de reflexionar lo político —regulativas o descriptivas—, poseen una concepción particular sobre qué es lo político, su naturaleza definitoria o condición.

Se podría objetar que los diferentes planos con los que los autores expresan sus respectivas reflexiones, teórico-normativas o descriptivo-filosóficas, no son igual de válidos o eficaces para comprender la condición de lo político. En el sentido de que los análisis descriptivos o más realistas sí darían cuenta de una verdadera lectura sobre la naturaleza de lo político, naturalmente bajo la subjetividad del propio autor que observa la realidad desde su prisma; mientras que los normativos, situados en el *deber ser*, darían más bien cuenta de las aspiraciones y deseos de los autores por lo que tendría que ser lo político y no de lo que es en realidad. Sin embargo, para nosotros esto no es así en la medida que las teorías regulativas beben de un contexto sociocultural y político particular, que es fuente de inspiración o influencia indirecta en los pensadores y que, si se consigue atender bien, no es tan difícil de dilucidar. Cualquier concepción de lo político se puede servir —de hecho, le enriquece— tanto de un plano descriptivo como normativo.

Nosotros estableceremos tres acercamientos teóricos ideales de lo político: (a) lo político como *consensualismo*, (b) lo político como *antagonismo* y (c) lo político como *dominio*. Es a partir de esta triada conceptual como podremos efectuar un ordenamiento de los diversos teóricos políticos escogidos, coetáneos al desplazamiento posmoderno, los cuales simultáneamente nos servirán para poder constituir esos tres modelos sobre lo político. Evidentemente, no se podrán desarrollar aquí las reflexiones de la mayoría de los pensadores políticos, ni cubrir todo el espectro ideológico que acompaña la cesura posmoderna: conservadores, libertarios, etc., aun cuando algunos sean mencionados en el capítulo dedicado al primer objetivo. En este sentido, la muestra de los autores que compondrán nuestra construcción teórica sobre tres modelos de lo político será parcial, no siendo representativa de todos los pensadores existentes en el marco posmoderno o contemporáneo. Sin embargo, eso no afectará a nuestro modelo propuesto de tres posiciones teóricas, puesto que consideramos que otros pensadores no abordados podrían encajar en él si fueran expuestos, aunque no sin dificultades teóricas.

A continuación, mostraremos estas tres perspectivas sobre lo político y los autores que nos han servido para reflejarlas.

(a) En la primera perspectiva, el campo político se observa como un lugar que debería tender al consenso, al acuerdo entre individuos mediante las instituciones liberal-democráticas que permiten el diálogo. Aquí se encontrarían autores similares como Rawls o Habermas, pese a sus discrepancias, pero del mismo modo, otros distintos, ligados a la epistemología posmoderna como Rorty. Más allá de sus diferencias teóricas, todos ellos comparten el amor por el diálogo —que éste sea establecido procedimentalmente a través de la razón o no dependerá del carácter moderno o posmoderno de los autores— para poder lograr el entendimiento entre sujetos en un marco cultural democrático-liberal.

(b) Desde la óptica *antagonista* de lo político, el escenario político es un campo conflictivo; su naturaleza se inscribe en un conflicto que no puede ser paliado de manera definitiva por un escenario *consensualista*. Para ellos existe un dominio en lo social que impregna lo político. Pero que, aun así, permite la existencia de resistencias y, con ellas, la manifestación del antagonismo. Entre los pensadores que podemos localizar en estas coordenadas se encontrarían los duetos de Michael Hardt/Antonio Negri y de Chantal Mouffe/Ernesto Laclau, aunque posean diferentes modos de articular sus teorizaciones y distintas influencias intelectuales.

(c) Por último, nos encontraríamos a los pensadores que conciben lo político como manifestación de una sociedad alienada, producida por los dispositivos del dominio. Aquí situaremos aquellas posiciones «nihilistas» que observan el campo político y social sin vida por la fría lógica del poder capitalista. Desde estas posiciones, evidentemente, no puede contemplarse ya no sólo la posibilidad de implementarse una verdadera democracia fundada en el acuerdo derivado de unas voluntades libres y autónomas, sino que la misma posibilidad de fructificación de resistencias frente al poder que encarna el *statu quo* social y político resulta bastante improbable. Para ello no tendremos que acudir a las figuras más radicales de esta concepción, el clásico posmodernismo nihilista y cínico del estilo de Baudrillard, sino que, en pensadores más recientes, como Byung-Chul Han o, hasta cierto grado, el colectivo Tiqqun, se podrán rastrear estas perspectivas sobre lo político. Bien es cierto que este pesimismo posmodernista en unos casos será más acentuado que en otros y tendrá diversos matices. En Han las resistencias al dominio son impensables, a lo sumo carburante de la autoexplotación que padecen los sujetos en un contexto social de neoliberalismo; de manera distinta, Tiqqun plantea vías de afirmación emancipadora frente

a la dominación, pero claramente minoritarias y difíciles de ser puestas en práctica por la mayoría social. Por ello queda adscrito también a esta concepción. Además, en su obra, como en la de Han, es la dominación el fundamento ontológico de lo político, y ya en todo caso a posteriori, como respuesta, se hace un llamamiento para una política de resistencia, pero que, desde luego, no merma la descriptiva social de un dominio férreo. Aquí es ontológicamente prioritario el dominio sobre el ser social y no el antagonismo.

En todas estas diferentes perspectivas, como se verá más adelante, la tensión moderno/posmoderno se encuentra muy presente. Pensemos que dentro de la concepción *consensualista* de lo político nos encontramos a teóricos como Rawls o Habermas que se sitúan en una epistemología heredera de la modernidad, apelando a la racionalidad, en sus diferentes vertientes, como fundamento de una política democrática. Por el contrario, en Han nos encontramos ante un nihilismo bastante posmoderno, que contrasta con el optimismo liberal y juguetón de Rorty, también asentado en el seno de una cosmovisión posmoderna.

**3.º objetivo:** Explorando las diferentes visiones sobre lo político de los autores escogidos, clasificados mediante las tres concepciones teóricas que serán expuestas —Habermas, Rawls y Rorty para el *consensualismo*; Negri, Hardt, Laclau y Mouffé para el *antagonismo*; y Byung-Chul Han y el colectivo Tiqqun para el *dominio*—, se tratará de ver al mismo tiempo el tipo de sujeto que necesitan para sustentar sus teorías sociopolíticas. Aquí se intentará mostrar cómo las teorías se mantienen gracias a unas concepciones del sujeto muy ligadas a la misma noción de lo político que plantean. De esta forma, aquellos que aboguen por un escenario político marcado por la dominación, inevitablemente sostendrán la descripción de un sujeto despoenciado y construido por los dispositivos del poder; sin ninguna autonomía o capacidad de construir una praxis emancipadora ante el yugo que padece por el poder como dominación. En este sentido, se observará cómo para cada tipo de noción de lo político existe una concepción del sujeto que le va ligada o de la que es resultado. En concreto, a lo que nosotros denominamos las figuras conceptuales del *sujeto soberano*, *constructo* y *en devenir*. La concepción de lo político *consensualista* se asociará a la de un *sujeto soberano*. Esto es, una individualidad racional/razonable, con la suficiente autonomía y libertad como para poder construir las instituciones políticas democráticas mediante el acuerdo y la deliberación. La del *dominio* se asociará al *sujeto constructo*: es decir, un sujeto cuya subjetividad quedará establecida por los dispositivos cotidianos del dominio. Por último, la concepción de lo político

INTRODUCCIÓN

como *antagonismo* será identificada con el *sujeto del devenir*. Sujeto que no será soberano ni autónomo, pero que tampoco será producido de manera absoluta por la dominación. Será una subjetividad construida a la vez que constitutiva del mundo social, no pudiendo ser apresada en su totalidad por las redes determinativas y de control del dominio.

	<b>NATURALEZA DE LO POLÍTICO</b>	<b>TIPO DE SUJETO</b>	<b>AUTORES</b>
<b>ENFOQUE DESDE EL DOMINIO</b>	<i>Dominación</i>	<i>Sujeto constructo:</i>	
		Sujeto constituido para su autoexplotación	B. Ch. HAN
		«Bloom», sujetos producidos por los dispositivos del capital	TIQQUN
<b>ENFOQUE DESDE EL CONSENSO</b>	<i>Consensualismo</i>	<i>Sujeto soberano</i>	
		Autónomo, racional, razonable y deliberativo	RAWLS HABERMAS
		Ironista liberal, sensible, héroe posmoderno	RORTY
<b>ENFOQUE DESDE LAS RESISTENCIAS</b>	<i>Antagonismo</i>	<i>Sujeto abierto al devenir</i>	
		Sujeto producido y productivo, como corporalidad material, singularidad	NEGRI Y HARDT
		Constituido en el universo discursivo, pero con capacidad de afirmarse	LACLAU Y MOUFFE

Por otra parte, la concepción de lo político y del tipo de individuo que requieren los distintos posicionamientos dará lugar a diversos planteamientos y reflexiones sobre el sujeto político entendido como colectividad. Para el caso del liberalismo político, en su sentido más amplio, los autores prestan su atención en la nación política como sujeto de la soberanía, so-

ñando algunos de ellos, bajo condiciones posmodernas de globalización, con estructuras supranacionales que encarnen los ideales utópicos del cosmopolitismo kantiano. Los pensadores y filósofos que hemos señalado que entienden lo político como antagonismo enfocarán su perspectiva del sujeto colectivo en su naturaleza disruptiva o combativa. Tales serían los casos de Laclau con su pueblo o plebe, que rompe a la nación en un *ellos* y un *nosotros*<sup>51</sup>, y de Negri con su noción de *multitud*<sup>52</sup>. Por último, los autores que se instalan en un profundo pesimismo, aquellos que observan lo político como un campo exclusivamente destinado a la dominación, no encontrarán ningún cemento social que aglutine al cuerpo político. Imposibilitándose, de este modo, la constitución de un sujeto colectivo con capacidad de agencia. Éste sería, sobre todo, el caso de Byung-Chul Han y, en cierto grado, de Tiqqun.

**4.º objetivo.** Estos objetivos nos servirán, además de para saber cuáles son las diversas visiones que guardan nuestros pensadores sobre lo político y el tipo de sujeto que necesitan para sostenerlas, para poder efectuar una descriptiva de la realidad presente y de las últimas décadas. Como cierre del libro, en un ejercicio especulativo, pensaremos en la posible articulación de estas diferentes concepciones políticas. Con ello se nos abre la posibilidad de una analítica más profunda y efectiva de la realidad sociopolítica, con sus diferentes dimensiones —formal, material y temporal—, y la posibilidad de pensar en una arquitectura integral de lo político.

En resumen, diríamos que este trabajo intenta cubrir las siguientes cuestiones:

(1) Circunscribir nuestra realidad sociopolítica con base en la cesura posmoderna, analizando para ello las principales transformaciones en el ámbito productivo, político y sociocultural, así como los parámetros epistemológicos en los que se sitúan los modernos, seguidores del proyecto de la Ilustración en nuestra era posmoderna, y los posmodernos, posestructuralistas y posmarxistas.

(2) En base a esta realidad, inscrita en nuestra temporalidad posmoderna, trazar una exposición de las diferentes posiciones en torno a la naturaleza de lo político a través de la lectura de algunos autores del pensamiento político contemporáneo más destacables, los cuales tendrán posiciones diversas sobre la descripción del campo social y político. Estos autores explorados en

<sup>51</sup> E. Laclau, *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 2016.

<sup>52</sup> M. Hardt y A. Negri, *Multitud...*, *op. cit.*



profundidad no serán una muestra de todo el pensamiento contemporáneo, pero sí que encarnarán cada uno de ellos uno de los tres modelos teóricos sobre lo político que proponemos. De este modo, conseguiremos agrupar y discriminar pensadores mediante tres grupos. Concretamente se trabajarán las obras de Habermas, Rawls, Rorty, Laclau, Mouffe, Hardt, Negri, Byung-Chul-Han y el colectivo Tiqqun.

(3) Ver cómo las teorías políticas de estos distintos pensadores no se podrían haber efectuado sin la noción de unos tipos de sujeto teórico o empírico, dependiendo de si nos encontramos ante una analítica descriptiva o regulativa, muy concretos.

(4) Por último, una vez desentrañadas estas tres concepciones propuestas sobre lo político y el sujeto, mediante su encarnación en la obra de los autores desarrollados, mostraremos de un modo especulativo cómo estas posiciones no deberían entenderse separadas entre sí, sino que pueden ser articuladas en base a las diferentes temporalidades o coyunturas políticas que se dan en el magma sociohistórico. Ello nos permitirá, como cierre del libro, integrar las tres perspectivas en una arquitectura teórica de lo político y reflexionar sobre nuestro presente político posmoderno en sus diferentes vertientes.

## Naturaleza y método

Como se habrá podido intuir, el presente texto tendrá un carácter reflexivo. A diferencia de análisis más empíricos de la realidad política, basados en una metodología aplicada, sea ésta de corte cuantitativo o cualitativo, este trabajo se situará en un plano más abstracto y especulativo, asentado en la reflexión. Se moverá, por tanto, en el ámbito del pensamiento político, aunque también social. Social puesto que lo político para muchos autores de los aquí trabajados se sitúa indudablemente relacionado con lo social. A este respecto pensemos en analíticas políticas como las de Negri, Han o Tiqqun, claramente fundadas en lo social. Por otra parte, decimos pensamiento porque, tal vez, este trabajo no sea exclusivamente teoría política —si se comprende ésta sólo a la manera normativa o con base en métodos empíricos— ni filosofía política. Esta última, ligada de manera frecuente en el presente a la teoría política o a la filosofía moral, suele buscar fundamentaciones normativas que justifiquen posturas morales o políticas. Más bien, aquí se seguirá un método narrativo y descriptivo, con tintes especulativos, para razonar y desarrollar los planteamientos de esta investigación. Se tratará

de efectuar una descriptiva y una construcción reflexiva de lo político a partir de una serie de autores particulares. Por todo ello, pensamiento político nos parece una noción más fecunda que la de teoría o filosofía políticas para tratar de inscribir el presente texto en alguna rama académica y describir así su «naturaleza».

Además, por este texto pasarán autores que se muestran lejos de tener una teoría política en mayúsculas, sistematizada, normativa, como son los casos de Byung-Chul Han o Tiqqun. Otros en cambio sí la tendrán, como lo demuestran Rawls o Habermas con sus obras. Así, en este libro nos visitarán pensadores con estilos muy diferentes entre sí. Encontrándonos, más allá de pensadores normativos como Rawls, desde descripciones materialistas de fuerte abstracción sobre la realidad sociopolítica como las de Negri, hasta analíticas filosófico-políticas menos «académicas», con una prosa más literaria, incluso poética, como las de Tiqqun. Sin olvidar la retórica personalísima, aunque no por ello menos académica, de Rorty. Todas estas variadas formas de pensar lo político, unas más normativas, otras más descriptivo-reflexivas, hacen que prefiramos catalogarlas con la noción más amplia de pensamiento político para poder ser englobadas en un mismo campo. Esta variedad de modos tampoco debería sorprendernos, ya que la posmodernidad se caracteriza por la variedad de registros en la escena cultural y teórica como veremos.

Por tanto, cuando hablamos de pensamiento político tratamos de señalar, por una parte, que los materiales textuales con los que se trabajarán serán muy variados, teniendo como hilo común todos los autores que aquí abordaremos la elaboración de reflexiones sugerentes sobre lo político, el sujeto y el mundo sociopolítico en el que nos encontramos. Por la otra parte, con pensamiento político intentamos señalar el carácter reflexivo y la musculatura especulativa ante la realidad política y social de esta empresa investigadora en algunas de sus partes. Siendo el mismo pensar a través de los textos nuestro principal instrumental para el análisis político. Pensar sobre lo político que, pese la ausencia de instrumentos metodológicos técnicos y empíricos, no tratará de faltar al rigor. Aunque no nos sirvamos de una metodología cualitativa ni cuantitativa, eso no significa que renunciemos a la rigurosidad. De hecho, el abordaje de los textos necesitará de un método fundado en una lectura atenta. Lo que no significará sólo la mera exposición de la teoría de los autores, sino el diálogo con ellos, en una lectura —la nuestra— siempre subjetiva, para poder ir más allá de ellos; pero con ellos. Y es que, tal vez, sólo en la fina línea entre estirar el mensaje de los autores y no desvirtuarlo, entre dar palabras a lo que silencian u ocultan y no

excederse en el abuso, se encuentra la dificultosa operación de efectuar una lectura original, aunque honesta con ellos.

De esta manera, un referente metodológico de lectura al que humildemente trataremos de aspirar, pero difícilmente lograr, entre los que se podrían señalar otros más, como la hermenéutica de Gadamer o el acercamiento esotérico de Leo Strauss, sería la lectura que Althusser encontró en Marx y a la que denominó «lectura sintomática». Un abordaje textual que no sólo atiende a lo que los autores afirman, sino, igualmente, y esto es lo decisivo, además de lo más complejo, a lo que silencian en su escritura con sus sentencias<sup>53</sup>. Sin embargo, no nos atreveremos a invocar aquí un método deconstructivo como el de Derrida, pese a que éste suponga una libertad soberana de interpretación del lector sobre el texto. Por un lado, porque esa libre interpretación sí que puede desvirtuar totalmente el mensaje del autor al quedar éste desposeído de su autoría, a merced del juego de lectura que haga el lector —nosotros—. Por otro lado, porque la deconstrucción textual implica un estilo literario, ensayístico, y unos juegos retóricos que no casan con los modos expositivos de nuestra disciplina politológica en sus formalismos de pretendida cientificidad. La deconstrucción se permite unas licencias para el análisis textual, deudoras del análisis literario, muy alejadas de la pretendida objetividad con la que procuran tratar los teóricos políticos los textos políticos<sup>54</sup>. De todos modos, cierto espíritu deconstruccionista, sin excesos, será recogido para el abordaje de ciertos autores.

Todo ello significará que el rigor exigido en la lectura tendrá que ser articulado con un talante arriesgado, con tintes creativos, para poder ir más allá del propio autor explorado, tratando de aunar literalidad con interpretación textual, pero sin traicionar al pensador comentado. Ardua empresa a la vez que contradictoria, la de unir rigor y fidelidad al mensaje de un autor con el intento de buscar lo que pueda omitir en su mismo mensaje; el tratar de superar lo que se le supone en su simple literalidad para especular sobre lo que silencia.

En definitiva, la naturaleza de este estudio se definirá por su carácter especulativo y teórico, entendido como pensamiento político, al reflexionar sobre pensadores de los campos político y sociocultural. No jugará en otro

<sup>53</sup> L. Althusser, «De El Capital a la filosofía de Marx», en: L. Althusser y E. Balibar, *Para leer el Capital*, Siglo XXI, México, 1974, pp. 33-35.

<sup>54</sup> Habermas, en este sentido, critica la práctica deconstructiva de Derrida y sus seguidores —pero con ello también el estilo de Rorty— por pretender borrar la distinción clara entre textos literarios y filosóficos, Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, Katz Editores, Madrid, 2008, pp. 208 y ss.

plano que el del comentario de textos, mediante el estilo metodológico de lectura comentado arriba, para la analítica de las obras de los autores a explorar. Pero de igual modo para la descriptiva de la cesura posmoderna sobre la modernidad trazada en la primera parte del libro, puesto que ésta también se servirá de la reflexión de los textos de otros autores sobre dicha temática.

1.<sup>a</sup> PARTE:

ANALÍTICA DESCRIPTIVA DEL TRÁNSITO  
HACIA LA POSMODERNIDAD  
Y DE SUS SECUELAS EN EL PENSAR  
SOCIOPOLÍTICO



## SOBRE EL CONCEPTO DE POSMODERNIDAD

### 1.1 Genealogía del concepto y cesura con respecto a la modernidad

Anteriormente, hemos estado mencionando reiteradamente el desplazamiento o la cesura entre la modernidad y la posmodernidad, así como las tensiones que se generan. Aclarando un poco más, diremos que con tensión nos estamos refiriendo a la disputa entre concepciones modernas y posmodernas de comprender el mundo en nuestro presente; y con cesura nos referimos al corte o desplazamiento de la temporalidad histórica por una serie de cambios sociales, económicos, políticos o culturales que, no sin vacilaciones, anuncian una novedosa realidad<sup>1</sup>. Eso no quiere decir que no existan continuidades con respecto a la modernidad. Pero incluso éstas se ven modificadas al ser su profundización la expresión de la ruptura posmoderna y sus manifestaciones derivadas.

En su amplia concepción y a la luz de la cesura con respecto a la modernidad, la posmodernidad no sería sino la irrupción de una nueva temporalidad histórica; o por lo menos, el reconocimiento de un desplazamiento sobre algunos de los fundamentos en los que se asentaba la modernidad clásica. Esto puede observarse en la multiplicación de términos que desde la ciencia social y las humanidades se lanzaron para expresar una realidad que

---

<sup>1</sup> Aquí cesura puede ser asociada con «crisis», en el sentido que le da Reinhart Koselleck, *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, Trotta, Madrid, 2007, p. 241, bajo una concepción de lo que implicó la modernidad: «como una nueva experiencia del tiempo, factor e indicador de una ruptura epocal». Una crisis que no es sólo subjetiva, localizada en la percepción de los sujetos, sino que se manifiesta en distintas esferas: social, productiva, cultural y política. La idea de comprender a la posmodernidad como una cesura la extraemos de las reflexiones de Negri, quien veía en nuestra realidad presente una serie de modificaciones en esferas como la producción, los modos de dominación o la soberanía, que rompían con las ideas decimonónicas de la modernidad. Al respecto véase A. Negri, *La fábrica de porcelana. Una nueva gramática de la política*, Paidós, Barcelona, 2008.

se percibía cambiante desde los años setenta y ochenta, agudizándose en las décadas posteriores. Pensemos en nociones tales como *modernidad líquida*<sup>2</sup>, *sociedad red*<sup>3</sup>, *sociedad postindustrial*<sup>4</sup>, *sociedad de la información*, *modernidad tardía* o *sociedad del riesgo*<sup>5</sup>, sólo por mencionar algunos de los ejemplos de una larga lista, de los cuales el término más exitoso fue, sin lugar a duda, el de posmodernidad, y que nos muestran, en su cantidad y variedad, esa sensación de cambio social, histórico, de estar inmersos en un interregno histórico, tal y como enseñarían las novedosas condiciones económicas, sociales, culturales, etc. Ruptura o traslación epocal que, no obstante, no fue aceptada por una gran mayoría de los pensadores del momento y generó fuertes debates entre los partidarios de la posmodernidad y sus detractores. Pero antes de adentrarnos en los posicionamientos de ciertos autores de referencia sobre la existencia o no de dicha cesura, se hace necesario bucear brevemente por los orígenes del término posmodernidad.

Más allá de que el concepto de posmodernidad no haya estado a salvo de la polémica ni de la confusión en lo que pretende explicar como conceptualización<sup>6</sup>, lo que provocó discusiones sobre la aprobación o no de lo que implica, lo que sí se puede, más o menos con mediana claridad, es localizar su aparición en la escena cultural e intelectual. La irrupción del término puede fecharse aproximadamente en la década de los años setenta del pasado siglo<sup>7</sup> con las publicaciones en el mundo de la crítica cultural-literaria de Ihab Hassan, quien pretendía anunciar una nueva sensibilidad estética<sup>8</sup>. Al mismo tiempo, desde la arquitectura el concepto será difundido, en un primer momento, mediante las figuras que firmaron el manifiesto

---

<sup>2</sup> Z. Bauman, *Modernidad líquida...*, *op. cit.*

<sup>3</sup> M. Castells, *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, Alianza, Madrid, 2001.

<sup>4</sup> A. Touraine, *Post- Industrial Society*, Random House, New York, 1971.

<sup>5</sup> U. Beck, *La sociedad del riesgo global*, Siglo XXI de España, Madrid, 2002.

<sup>6</sup> M. Lois y R. Máiz, «Postmodernismo: la libertad de los postmodernos», en: J. A. Mellón y X. Torrens (eds.), *Ideologías y movimientos políticos contemporáneos*, Tecnos, Madrid, 1998, p. 403.

<sup>7</sup> De todas formas, el concepto no aparece por primera vez en la historia, si hacemos caso al historiador marxista Perry Anderson, y más concretamente el término posmodernismo, hasta la década de los años treinta del siglo pasado, de la mano del crítico español Federico de Onís, para «describir un reflujo conservador dentro del propio modernismo», Anderson, *Los orígenes de la posmodernidad*, Akal, Madrid, 2016, p. 8. Este último también de acuñación hispanohablante, apareciendo por primera vez la palabra modernismo en la obra del poeta nicaragüense Rubén Darío.

<sup>8</sup> I. Hassan, *The Postmodern Turn: Essays in Postmodern Theory and Culture*, Ohio State University Press, Columbus, 1987.